

Gótica, Lorenzo Fernández Bueno (Coord.)

Introducción

Dos mundos divididos por el mismo Dios

El concepto «catedral» no estaba vinculado exclusivamente a una construcción religiosa específica y, desde luego, tampoco al arte gótico. Realmente, la palabra designaba el corazón religioso de una diócesis y hay documentos del siglo VIII en los que se ya empleaba en este sentido. Es más, el concepto (cátedra: asiento o sede) servía para designar no sólo el lugar donde estaba el trono del obispo, cabeza visible de la catedral en la ciudad, sino también los edificios anejos al centro de oración, como el palacio episcopal o las escuelas, que la catedral incubó con su inmenso poder calórico.

Todo eso es cierto, pero no lo es menos que las catedrales del mundo románico, a las que nadie en su sano juicio podrá discutir ni su belleza ni su extremo sentido místico, se habían elevado —poco, eso sí— sobre conceptos arquitectónicos muy distintos a los del posterior arte gótico. Aquellos centros religiosos de los siglos X, XI y XII eran la sonrisa dedicada a Dios desde las abadías y los grandes conjuntos monásticos. Eran, al mismo tiempo y por la misma razón, oraciones rurales, puesto que sus grandes valedores, las abadías, eran la petrificación de Dios en los campos. En medio de sus inmensos feudos, aislados, habían sabido conservar en sus áridos campos las mejores semillas del saber clásico. Allí, tras el proceso de ruralización que conoció Europa después de la caída del Imperio Romano, el saber se había refugiado muy malherido. En aquellos venerables scriptoria y bibliotecas habían conseguido cortar la hemorragia del conocimiento, lamer las heridas del agonizante saber grecorromano y «clonarlo» en pergaminos dignos de admiración.

Pero había un problema. Del mismo modo que el mundo de la abadía, como el resto del mundo feudal, tendía a la autarquía, el conocimiento quedaba fuera del alcance de la mayoría de la población. Y, de igual modo, los secretos de Dios quedaban en el extrarradio de los hombres.

Un mundo de tierra

Para comprender la agitación de la que brotará la catedral gótica es preciso siluetear las formas del mundo que la precedió. Sólo así la magnificencia del fenómeno resultará tan espectacular como en realidad fue.

Antes del mundo que acunó a las catedrales góticas, la vida podía describirse del siguiente modo.

El modelo de producción económica era el feudal. ¿Qué significa exactamente «feudal»? Imagine el lector un mundo esencialmente agrario, donde una minoría obtenía los excedentes de la producción mediante una coacción personal derivada del amparo militar que el señor proporcionaba al campesino o de la promesa que aseguraba el Reino de los Cielos después de una vida medida por siembras y cosechas.

Atrás había quedado el mundo urbano que Roma había fomentado. Dispersos en tierras y campos, los núcleos monásticos concentraban el poder: eran la sede del dinero y la ciencia; pero, eso sí, tanto el conocimiento como el oro se encontraban tras los portones de monasterios y abadías. Quien poseía la tierra era el dueño y señor. No había posibilidad de transgredir aquel orden o escalar en una estructura social dispuesta de manera piramidal y en cuya cumbre se encontraba el rey. Por debajo estaban los nobles y el clero; finalmente, sin cuerpos sociales intermedios, los siervos sostenían el entramado. Cada individuo se colocaba en su casilla en función del nacimiento. Si se nacía noble, noble se moría, aunque se tratara de un caballero vil o de un tipo detestable. Lo mismo le sucedía al campesino, aunque su suerte era sustancialmente más desagradable.

El señor poseía amplios lotes de tierra denominados feudos. En época merovingia y carolingia, cuando el monarca no tenía dinero con el que pagar a sus caballeros y nobles, se adquirió la costumbre de ceder tierras como contraprestación de los servicios al reino; eran los llamados

beneficium. En otras ocasiones el feudo nacía a sangre y fuego por conquista. Y cuando en 877 Carlos el Calvo dictó la llamada «Capitular de Quercy», el señor tuvo la posibilidad de ceder su feudo a sus descendientes, de modo que la estructura feudal quedaba garantizada para siempre.

Aquel mundo de pequeñas aldeas campesinas era inseguro. Los magiares, los árabes o los normandos constituían peligros inminentes, de modo que las gentes buscaron amparo en el poder bélico de los señores; para ello se estableció una fórmula social denominada vasallaje. Un hombre libre «se hace hombre de otro»: para confirmar esta dependencia se realizaba una ceremonia concreta que recibía el nombre de homenaje. El ritual se sellaba con un beso u osculum y se firmaba una carta en la que señor y vasallo se comprometían a cumplir unos deberes: el señor garantizaba seguridad al vasallo y éste le debía obediencia o, en caso de ser campesino, ciertas cantidades claramente estipuladas de la cosecha o del ganado. El territorio o feudo del señor se dividía entre la reserva, explotada directamente por el caudillo local, y los mansos, parcelas concedidas a los siervos.

Y, así, aquella sociedad estamental —no de clases, en las que la movilidad social depende del dinero— diferenciaba dos tipos de hijos de Dios: los que tenían privilegios y los que carecían de ellos. Entre los primeros se encontraban los nobles —bellatores— y los miembros de la Iglesia —oratores—; entre los segundos se encontraban los campesinos y los artesanos. Los privilegiados no pagaban impuestos al rey, pero se los cobraban a los siervos de las más variadas formas —el pontazgo por cruzar un puente; el portazgo por entrar en una ciudad; por el uso de molinos, etcétera—; y, además, no había ninguna posibilidad de quebrar ese sistema, puesto que los poderosos eran los únicos que impartían justicia. La Iglesia se contaba entre los sectores privilegiados, de modo que Dios estaba de su parte. No había nada que hacer. La institución eclesiástica garantizaba el statu quo aterrizando al campesino con demonios e infiernos ciertamente sobrecogedores. ¿Cómo se conseguía mantener ese estado de sojuzgamiento? Mediante la representación artística: en la literatura oral o en las pinturas y capiteles historiados.

La cultura era cosa de Dios y de sus hombres. Nadie sino ellos sabía leer y escribir, y todas las ciencias y erudiciones se arracimaron en dos áreas de conocimiento: el trivium —gramática, retórica y lógica— y el quadrivium —aritmética, geometría, música y astronomía—.

Un mundo de piedra

En el siglo xi, y especialmente a partir de la siguiente centuria, buena parte de Europa occidental comienza a desperezarse tras el largo sueño de la Alta Edad Media, jirón de historia que corresponde al tiempo comprendido entre el siglo v hasta el x, batalla arriba o batalla abajo. ¿Qué ocurre a partir de ese instante? Lo vamos a pensar en sólo unas líneas.

La agricultura, como ocurrió hasta prácticamente el siglo xix, se mantuvo como la palanca que activaba la mayor parte de la economía, pero con cambios significativos. Entre los siglos x al xii las cosechas mejoraron, bien porque los útiles agrarios experimentaron grandes avances, porque la climatología fue bondadosa o porque las guerras se mantenían alejadas. Y ese excedente de producción no se pudrió, sino que se canalizó hacia las viejas ciudades, que pronto comenzaron a fortalecerse. Así, como el agua al campo, el comercio llevó la vida a la ciudad.

Además, comer con más frecuencia siempre ha reportado beneficios para la humanidad, de modo que pronto hubo más brazos de los necesarios para trabajar en las labores agropecuarias y muchos campesinos decidieron seguir el rastro del grano y marcharon a la urbe. La Iglesia, que siempre ha leído la Historia con sagacidad y visión de futuro, supo que Dios se jugaba su poder en las ciudades; y sus hombres, los obispos, se ocuparon de adquirir prestigio y poder, tanto en las urbes como en los territorios circundantes.

Todas aquellas gentes que llegaban a las ciudades necesitaban mil cosas. Necesitaban construir sus casas y, por tanto, piedra, madera y forjados; precisaban vestidos, alimentos y útiles domésticos; buscaban personas con quienes intercambiar los productos que traían del campo; también querían diversión y espectáculos públicos...

La ciudad tuvo que adecuarse a la exigencia y recepción de artesanos —canteros, curtidores, toneleros, herreros, etcétera— que se estructuraron en gremios, y éstos, a su vez, se dividieron en tres escalones: maestro, oficial y aprendiz.

El mundo se empequeñecía: ahora era posible viajar incluso a Tierra Santa, ya que los cruzados habían abierto esa posibilidad, aunque aquella tierra reseca les duró poco entre las

manos. Pero el dinero no sabe rezar y no importaba que a un extremo del Mediterráneo se orase a Alá y en el otro, al Dios cristiano; los buques mercantes de Venecia o de Génova trajinaban de un lado para otro, muchas veces cruzándose con la armada templaria. Y en el norte de Europa las ciudades de Danzig, Hamburgo o Lübeck mercadeaban por el Báltico formando la asociación comercial denominada Hansa.

La encorsetada sociedad estamental medieval se resquebrajaba, porque los artesanos y los comerciantes no podían ser acomodados en ninguno de los estamentos hasta ahora conocidos. No eran guerreros ni monjes, pero tampoco eran campesinos. Ellos mismos se buscaron un hueco a codazos contra la tradición: nacía la incipiente burguesía.

¿Quién mandaba en la ciudad? Ya no había un señor feudal que la controlara, ni un abad que pudiera hacer su voluntad como si de un cenobio se tratara. Es cierto que había señores y es verdad que había obispo, pero pronto aquel grupo de artesanos y burgueses eligió a sus propios representantes y necesitó su particular espacio político: nacieron los ayuntamientos. La cultura, eso es cierto, seguía en las mismas manos que antes; es decir, en las de la Iglesia. En sus filas encontraremos a los cerebros más privilegiados del momento, como Pedro Abelardo, Bernardo de Claraval o Tomás de Aquino, pero lentamente cobra vida un nuevo centro cultural: las escuelas urbanas.

Las vemos aparecer en Ravena, en Pavía o en Bolonia. Sí, es cierto que el quadrivium sigue siendo el abecedario del saber, pero pronto nacen los estudios de Medicina —Salerno— o de Derecho —Bolonia—, y no habrá que esperar mucho antes de que nazcan las primeras universidades. Eso sucederá en el siglo xiii, cuando los estudiantes y los profesores decidan emanciparse lentamente del poder religioso y asociarse para lograr un estudio y una docencia que paulatinamente se va alejando de la influencia eclesiástica. Y así, las universidades de Cambridge, Salamanca, Oxford, Bolonia o París se convierten en foco del saber europeo y, de ahí, esas ciudades obtienen un nuevo empujón demográfico y económico: el saber genera riqueza.

En medio de aquel proceso de cambio social, político y económico, comenzaron a erguirse pináculos y arbotantes, se pulían vidrieras y se alzaban andamios para dar forma a enigmáticos y soberbios edificios: las catedrales góticas.

¿Por qué se levantaron en las urbes? Tal vez porque en la ciudad se respiraba libertad; quizá porque había dinero que se movía de un lado para otro y eso permitía pagar salarios; a lo mejor porque era el mejor ejemplo de la prepotencia humana del momento; tal vez porque Dios se había mudado del campo a la ciudad... ¿O tal vez por otras razones?

La arquitectura gótica

¿Qué diablos eran aquellas agujas de piedra rascando la barriga de las nubes o incomodando —quién sabe— a Dios allá en el Cielo? Aquello no podía ser sino cosa de bárbaros, de godos. Y de ahí, dicen algunos historiadores del Arte, derivaría el término «gótico» empleado para definir a un estilo artístico que durante mucho tiempo fue una mera incomodidad incrustada entre el bendito arte románico y el ejemplar y racional arte renacentista.

¡Aquello no era arte ni era nada! Durante mucho tiempo, hasta el siglo xviii, los eruditos observaron las construcciones góticas con cierto desdén e incluso desprecio. Se veía en aquella manifestación una expresión de la barbarie germánica, y así lo creyó firmemente el historiador alemán contemporáneo Wilhelm Worringer. Aquellas piedras que pretendían llegar al Cielo, como pequeñas torres de Babel, no podían ser más que la expresión de unos bárbaros celtas simulando sus bosques sagrados. Y aunque es verdad que en el norte de Europa hubo antecedentes de este problema, lo cierto es que fue en el centro de Francia, en Île-de-France, donde se desencadenó la epidemia.

¿Era una evolución del románico como tantas veces se dijo? Creo que no. Se trata de un arte nuevo, diferente. El historiador Martín González lo explica así: «[El arte románico] se concibe a través de un sentido matemático de proporcionalidad, a la que se otorga una significación religiosa».

El gótico sólo respetará esa proporcionalidad en sus primeros momentos, pero pronto se muestra discoló y rebelde y decide emprender otros caminos en busca de la divinidad. Además, lo hace como si un fuego devorara a sus impulsores, razón por la cual solamente entre 1150 y 1250 se inicia la construcción de ciento cincuenta edificios de estas características, incluidas las catedrales de París, Amiens, Sens, Ruán o Reims.

Antonella Roversi Monaco (en El secreto de las catedrales) recuerda un dato significativo que en su día ofreció Jean Gimpel en Los constructores de las catedrales: entre 1150 y 1350, el suelo francés debió aportar millones de toneladas de piedra para la construcción de ochenta catedrales, quinientas grandes iglesias u otros edificios eclesiásticos. Y añade que ni siquiera en el Egipto de los faraones, comparativa y proporcionalmente, se habría empleado una cantidad de piedra semejante en sólo un par de siglos.

Hablar del arte gótico es hablar de arquitectura, aunque es obvio que tuvo otras manifestaciones. Y hablar de arquitectura gótica es remitirse a dos elementos esenciales: el arco ojival y la bóveda de ojivas o de crucería.

Sólo con estas dos herramientas el concepto arquitectónico románico saltó en mil pedazos. Si el arco de medio punto románico es hermano gemelo del equilibrio y la serenidad, el arco apuntado gótico no hace sino imprimir dinamismo y movimiento a la fábrica. Y si los bajos techos románicos resultaban opresores y fomentaban recogimiento interior, ahora la suma de arcos que se prolongan por las naves y se cruzan mediante nervaduras ofrecen al asombrado visitante la bóveda de crucería. Martín González lo dice tan bien que no vale la pena buscar otra expresión: «La bóveda de ojivas en sí no define al estilo gótico, pero es su base».

Antes de que este audaz estilo se desarrollara en el centro de Francia, había tenido ciertas apariciones tibias en el norte de Europa. Los nervios se adherían con miedo en la catedral inglesa de Durham, por ejemplo, pero sin dar forma a las espléndidas bóvedas góticas francesas. ¿Por qué es en el corazón de la Orden del Temple donde las piedras finalmente volarán desafiando a la gravedad en las auténticas catedrales góticas? No nos apresuremos... Tenemos, por tanto, el arco ojival y la bóveda de crucería. ¿Ya hemos expresado la totalidad del arte gótico? Por supuesto que no. Es necesario añadir esa mirada hacia las nubes, el deseo de elevarse, de izarse como un mástil que se siente libre para acceder a las estancias de Dios. Pero para poder sostener ese órdago a los dioses, había que tener algo más que audacia; había que contar con apoyos sólidos en el suelo, y ese papel lo cumplen en las catedrales los contrafuertes, que no se parecen en nada a sus primos lejanos del arte románico, puesto que aquí se apartan del edificio y se unen a él mediante arbotantes, semiarcos de piedra que permiten también canalizar el agua que al final vomitan desde lo alto las gárgolas.

Mudan también de aspecto los pórticos. Ya no hay uno, sino tres. Y, en medio, la cicatriz del arco apuntado delata el origen gótico de la catedral; las figuras escultóricas hablan entre sí, están pintadas y cobran vida.

La catedral es la metáfora de la ciudad medieval. Se habrá de ver en otro momento, cuando atisbemos cuánto de pagano hay en ella, pero ahora sí es conveniente que apuntemos que en su construcción se unen como un solo hombre el poder religioso y el civil. La nave mayor queda en manos de los heraldos de Dios en la Tierra, pero en los corredores laterales y en sus capillas el hombre laico tiene su parcela, se reúne, intercambia, se divierte, debate...

Por la sala capitular se va a parar al claustro, que ve discurrir la vida desde el mediodía. A veces, el clero, adoptando la forma de canónigos, vive en la catedral, de modo que no debe extrañar que alrededor del claustro se disponga lo necesario para ello: el refectorio, los dormitorios, la biblioteca o la cocina.

Como puede apreciarse, el universo medieval gira ahora alrededor de la catedral, y ese giro se produce en Francia y en breve espacio de tiempo. Se precisa mucha piedra, pero también obreros especializados que sepan lo que se traen entre manos y dinero para pagarles. ¿Dónde se pudieron encontrar tantos maestros, canteros y albañiles instruidos en este nuevo arte? ¿De dónde se obtuvo la inmensa cantidad de plata que fue necesaria para pagar su trabajo?

Manos de santo

Louis Charpentier, el famoso autor de El enigma de la catedral de Chartres, ve en la catedral gótica la conclusión y cumbre de un proceso de conocimiento que fue madurando durante siglos entre las sombras místicas de las abadías románicas. Los benedictinos habían sido los guardianes del saber, es cierto; y también lo es que la catedral representó la máxima expresión de cuanto se podía llegar a saber entonces. Pero teniendo en cuenta la escasez y debilidad de la población europea, añadiendo el hecho de que la esperanza de vida apenas alcanzaba los cincuenta años, ¿tendría alguien la bondad de explicar de manera comprensible cómo fue posible la aparición súbita de tal cantidad de maestros y profesionales que sabían hacer de todo, y todo bien? ¿Dónde diablos estaban escondidos hasta entonces los maestros

constructores, los canteros y los vidrieros? ¿Vivían todos a la sombra de los benedictinos? Es posible, pero bien a la sombra debían de estar, que antes no les vimos.

Está bien: concedamos el hecho de que vivían en la sombra monacal, pero ¿qué aguijón es el que ahora les pica y les hace salir de su madriguera para mostrar al mundo su asombrosa pericia?

Las cruzadas, dicen los historiadores del arte, azuzaron los espíritus e impulsaron el deseo de rendir culto a Dios, y todo el mundo aportó lo que pudo para obrar el milagro de la catedral. Pero los especialistas olvidan a menudo la coincidencia de tres factores que parecen confluír en la construcción de templos góticos: el espíritu de cruzada, la milagrosa aparición de profesionales con «mano de santo» para rematar las obras y una sorprendente lluvia de dinero para sufragarlas.

Sí, es cierto que esto último suele explicarse con el modesto óbolo que aportaba cada cual, pero muchos modestos óbolos son sólo muchos modestos óbolos, no una fortuna como la que se precisa para mover millones de piedras a la vez, como si una coreografía gigantesca se orquestara para hacer estrellas en la Tierra.

A veces el maestro constructor de una catedral lo era también de otras, dicen. Y a la inversa: una catedral podía contar con más de un maestro. En el centro de algunos de los misteriosos laberintos que pueden admirarse en algún templo gótico —como Chartres—, el artista firmaba su obra. En otros lugares, el maestro constructor reservó su tumba y, además, le concedieron esa prebenda, como sucedió con Pedro de Montreau, a quien dieron sepultura en la Santa Capilla de París y lo facturaron con esta etiqueta: «Doctor de las piedras».

De esta gente sin par se nos dice que sabían matemáticas y geometría, que caminaban por los problemas de ese ramo como si nada, y que no era extraño verles dar buena cuenta de la división de un cuadrado en otras figuras. Por lo demás, dibujaban con tiento y buen pulso, sojuzgaban el universo de los planos en escala y estaban dotados de capacidad para coordinar a otros muchos artesanos misteriosos.

De haber podido estar allí, en la obra, habríamos visto ir y venir a aparejadores y canteros. Estos últimos sabían cuántos secretos se pueden obtener tras destripar una roca y darle la forma adecuada para presentarla en sociedad. Escribían con guiños a modo de marcas que siguen siendo motivo de encendida polémica aún hoy, y todo formaba parte de un argot particular, de un lenguaje propio que, de tener razón algunas versiones, fue el origen de la palabra «gótico». Es más, puestos a hablar de trazos herméticos y números esotéricos, permita el lector que se le cuente una versión sobre el origen de la palabra «gótico» que acuñó un oscuro personaje: Fulcanelli. En su obra *El misterio de las catedrales* hace derivar el concepto del argótico de la nave Argos: de la lengua argótica, que sería la pionera de los idiomas secretos o esotéricos.

Como señala Charpentier, la catedral «está construida argóticamente, según leyes “religiosas” que hacen de ella el más bello navío de evasión hacia el más allá nunca realizado».

Y Charpentier tiene razón.

Hemos hablado de maestros constructores, de aparejadores y canteros, pero ¿y los vidrieros? ¿Dónde estaban agazapados hasta este excelso momento?

En medio de un bosque de maderos que hacen del tejado lo que del tejado vemos aunque ellos se oculten, está el hierro. El herrero y el vidrio andan de la mano. Y aunque la gente piensa habitualmente que la catedral gótica es más luminosa que la románica, ciertamente se equivoca. Las vidrieras se encargan de tamizar la luz de modo que ni el sol más radiante consigue que en el recinto sagrado haya más luminosidad de la debida, pero tampoco el día más nublado hará del templo un lugar en tinieblas. Es como si todo estuviera calculado al milímetro para producir una sensación de ensueño.

Las vidrieras, de colores perfectos, imposibles de lograr si no es con la ayuda de la alquimia, obligan a Dios a hablar. Cuentan que en el siglo xiii, Durand, el prelado de Mende, en uno de esos momentos de acierto pleno que todos los seres humanos tienen alguna vez, dijo: «Las vidrieras son escrituras divinas que derraman la claridad del sol auténtico, es decir, de Dios». Nadie sabe de dónde vienen esos sabios, pero están. Ya tenemos las manos perfectas para hacer la obra; ahora sólo resta tener dinero para pagar estas descomunales empresas. ¿De dónde sale? ¿Será verdad que lo pagan, todos a una, los vecinos de la ciudad? ¿Tanto dinero como para que en veintiséis años se construya la catedral de Chartres?

No puede ser casual que las catedrales broten en el corazón de Francia, justo al lado mismo del centro neurálgico de la Orden del Temple, y que lo hagan casi a la par de la fundación de esta enigmática Orden de monjes y soldados.

Si estamos en lo cierto, tal vez haya que buscar más planos que el que se puede medir con un metro en la catedral gótica.
La verdad no es lo evidente

Están ahí, en medio de ciudades como León, Burgos, Chartres, Amiens o París. Son tan asombrosas como las pirámides de Gizeh. Y probablemente a los europeos nos sucede lo mismo que a los egipcios actuales: que la continua presencia de estas maravillas rebaja la admiración que produce lo nuevo. El verdadero sentido de la pirámide les es ajeno a los modernos egipcios, como nosotros ignoramos la esencia de las catedrales occidentales. La catedral está construida en «lugares de poder», perfectamente seleccionados y sede de muchos dioses antes del cristiano. Se yergue con números precisos, calculados para producir una energía que arroja al individuo en brazos de una sensación embriagadora. Lo primero que hacemos al entrar en ella es erguirnos. Debemos mirar hacia arriba, pero en ese gesto no sólo desempeñan su papel los músculos y las vértebras, sino también un canal energético que en Oriente conocen muy bien, y de allí trajo el Temple la receta secreta. A partir de ahí, de ese gesto, mil símbolos ancestrales nos zarandean y se advierte la algarabía del silencio. Después, somos tan pequeños que alcanzamos nuestra verdadera dimensión. Y lo mejor y más revelador del caso —y he ahí el gran avance respecto a las pirámides— es que no importa quién se adentre en sus naves: el campesino y el duque, el orfebre y el clérigo, el mendigo y el rey; el más lerdo y el más leído; el matemático y el poeta; el ateo, el agnóstico y el fiel creyente: todos se verán sometidos a la singular fortaleza de la energía gótica. Se ha escrito tanto sobre las catedrales que es muy difícil resumir en unas líneas el cúmulo de sabiduría y fuerzas que se entrelazan en el templo gótico. El misterioso Fulcanelli, del que se hablará largo y tendido en las páginas siguientes, concentraba de este modo su idea: «La catedral, santuario de la tradición, de la ciencia y del arte, no debe ser observada como una obra dedicada únicamente a la gloria del cristianismo, sino más bien como una amplia reunión de ideas, de tendencias, de creencias populares, un conjunto perfecto al cual se puede hacer referencia, sin miedo, cada vez que uno sienta la necesidad de profundizar en el pensamiento de los antepasados en cualquier ámbito: tanto religioso como laico, filosófico o social». En todo caso, el lector podrá indagar su propia verdad en las páginas que siguen. Ésa es la verdad que vale: la que se obtiene tras un viaje a los tiempos en los que los hombres quisieron alcanzar el Cielo.